Identidades ficticias, alienación y enmascaramiento: la teoría anti-egológica de J. P. Sartre en la función amor proustiana

Luisina Bolla¹ y Andrea Noelia Gómez²

El genio de Proust, aún reducido a las obras producidas, no por eso deja de equivaler a la infinitud de los puntos de vista posibles que pudieran adoptarse sobre esa obra, y esto se llamará la ‘inagotabilidad’ de la obra proustiana.

Sartre, J.P., *El ser y la nada*.

Algunas consideraciones preliminares en relación a la propuesta de trabajo

Se ha discutido mucho acerca de la relación Proust-Sartre. Sin embargo, la mayoría de los estudios se han orientado a analizar las afirmaciones explícitas de Sartre sobre Proust, presentes sobre todo en *El ser y la nada*. Nuestra propuesta, en lugar de realizar una exégesis de la interpretación que Sartre realiza sobre Proust, sugerirá una hipótesis de lectura intertextual. Intentaremos poner en relación las subjetividades inestables, de-sustantivadas que emergen en la obra de Proust con un marco conceptual sartreano; más precisamente, con la teoría de la alienación egológica del primer Sartre. Así, intentaremos visibilizar ciertos puntos de contacto, ciertas afinidades subterráneas, que habilitan –a nuestro parecer– otra puesta en diálogo, en relación específica con el esquema sartreano conciencia/alienación/yo y con la concepción proustiana de la subjetividad, analizando fundamentalmente la función del *amor* como instancia alienante.

---

¹ Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

² Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

Introducción: identidades in-esenciales

En la obra de Proust, las identidades aparecen como juegos de sombras, inestables y precarias. No hay personaje cuya esencia pueda ser capturada en una definición, ni siquiera en una “visión”, porque no hay elementos fijos ni esencias. Tal como señala Moran: “La novela proustiana, por su parte mantiene un perspectivismo que introduce siempre nuevos puntos de vista que alteran las informaciones que tenemos sobre los hechos y las personas [...]. En rigor, no hay personaje proustiano que tenga una esencia permanente” (Moran, 2005: 20). Así, la idea humeana del “haz de percepciones” (*bundle of perceptions*) (Hume, 1739/1984: Libro I, Parte IV, Sección VI) se proyecta tanto sobre la figura del narrador como sobre los demás personajes. La subjetividad aparece entrevista en la misma sucesión de cambios en los que desaparece. Más que cambios, lo que parece tener lugar es una serie de transmutaciones (o metamorfosis), de las cuales no percibimos los eslabones, sino sólo los efectos.

En medio de esta inestabilidad ontológica, se producen sin embargo momentos de *sutura*. Los personajes, en efecto, adquieren cierta solidez precaria, y es a propósito de este equilibrio inestable que nos interesa proponer nuestra hipótesis de lectura. Para ello, pondremos en relación las subjetividades inestables proustianas con el marco conceptual del primer Sartre, permitiéndonos esto entrever la fluctuación que atraviesa las subjetividades proustianas desde una nueva óptica, al relacionar la dialéctica inestabilidad/estabilidad (actualizada en los personajes de Proust) con la teoría sartreana de la alienación egológica. Dicha teoría intenta dar cuenta de la manera en que la conciencia “enmascara” su absoluta espontaneidad, mediante su fijación alienante sobre un objeto trascendente, el ego.

Es preciso señalar, en primer lugar, que la teoría del yo que Sartre presenta en sus escritos tempranos es deudora indirecta de la concepción humeana del yo, que el francés recepciona a través de Husserl. De este modo, pretendemos sugerir una línea de investigación posible, que se inscriba en el camino ya abierto por los estudios sobre la relación entre la subjetividad in-esencial de Proust y la concepción humeana del yo, pero que aporte una nueva perspectiva al introducir en el análisis la particular posición de Sartre. En primer lugar, describiremos brevemente la posición no-egológica de Sartre, para lue-

go conectarla con algunos episodios de la *Recherche*.

Alienación y enmascaramiento en la teoría de Sartre

Según Sartre, la idea de yo que hegemoniza el panorama filosófico desde Descartes hasta Husserl es una idea *ficticia*. Lejos de ser el fundamento de la filosofía, a la manera del *cogito*, el ego adquiere en la teoría de Sartre un estatuto derivado y secundario. Polemizando con la filosofía moderna, tal como lo había hecho Hume dos siglos antes, Sartre niega que el ego pueda ser fuente de certezas; por el contrario, el yo es desplazado desde la verdad apodíctica hacia la ilusión, desde el plano de la certeza hacia el del engaño.

En *La trascendencia del ego* (1936/2003), el yo se presenta como una unidad ideal (ilusoria) de estados y acciones, cuyo fin es esencialmente práctico: enmascarar a la conciencia (el verdadero “sujeto” de la fenomenología) su absoluta espontaneidad. Este *yo* es entendido, entonces, como un *producto* de la espontaneidad de la conciencia, ya no como fuente, origen o causa. Para sostener esta tesis, el argumento de Sartre procede afirmando la primacía de lo irreflexivo por sobre la reflexión, postulando la primordialidad de la conciencia por sobre el ego. Siguiendo coherentemente la idea husserliana de la *intencionalidad* de la conciencia, Sartre afirma el carácter originario de la conciencia, cuyo primer nivel es irreflexivo. En efecto, la conciencia es siempre posicional: conciencia *de* objetos trascendentes, en los cuales se agota completamente. La conciencia reflexiva, por el contrario, implica una operación de segundo grado, una vuelta de la conciencia sobre sí misma. De manera significativa para el caso, Sartre sostiene que es en el modo de la *rememoración* donde emerge el yo:

Si, por ejemplo, quiero recordar un paisaje que vi ayer en el tren, me es posible hacer volver el recuerdo de este paisaje como tal, pero también puedo acordarme de que yo veía ese paisaje [...]. Dicho con otras palabras, puedo siempre efectuar cualquier rememoración en el modo personal, y entonces el Yo aparece de inmediato (Sartre, 2003: 43).

Así, la conciencia del paisaje (conciencia tética e irreflexiva), puede volverse posteriormente recuerdo “de paisaje” y, sólo en un tercer momento, conciencia de “yo veía el paisaje”. El *yo* aparece como subproducto de viven-

cias intencionales no reflexivas, de tal modo que sólo hay *yo* por el recuerdo. Leer, escribir, correr, mirar un paisaje: ninguna de estas acciones involucra al *yo* de manera originaria, ya que se trata de conciencias irreflejas, donde la conciencia toda está perdida en el acto de trascenderse hacia el objeto. El *yo* surge a posteriori, en la rememoración, desde el momento en que la conciencia enuncia: *yo* leía, *yo* escribía, *yo* corría, etc. (Cfr. Sartre, 2003: 46).

Una vez que la conciencia vuelve sobre sí misma, abandonando los objetos en los cuales se perdía completamente, reflexionando acerca de vivencias o acciones pasadas; sólo entonces entra en escena este personaje que es el *yo*. Citemos en este sentido la siguiente frase de Proust:

A veces somos nosotros quienes estamos tan fatigados que nos parece que no tendremos ya, en nuestro pensamiento desfalleciente, bastante fuerza para retener esos recuerdos, esas impresiones que para nuestro *yo* frágil son el único lugar habitable, la única manera de realización (Proust, 2002: 455).

Esta idea del recuerdo, de la evocación de impresiones como el único lugar habitable para un *yo* frágil, puede ser puesta en relación con la propuesta de Sartre. No hay *yo* más que por el recuerdo, por la recuperación de una conciencia que deja de estar perdida intencionalmente en el mundo para volverse hacia sí misma. El *yo*, al igual que en la obra de Proust, sólo emerge en el horizonte de la reflexividad; más precisamente, de la memoria.

Sin embargo, todo ocurre como si el verdadero sujeto fuera el *yo*. Tanto las filosofías tradicionales (paradigmáticamente, la filosofía cartesiano-husserliana) como las personas en su vida cotidiana, tienden a pensar en el *yo* como el fundamento último de la conciencia y los actos, instituyendo falsamente lo secundario como originario. Este error, propio de todos los seres humanos, se deriva para Sartre del carácter absolutamente *espontáneo* de la conciencia. La conciencia, vacía, nihilizante, no es más que una sucesión de vivencias intencionales; una continua creación a partir de la nada. Por definición, la conciencia excede la voluntad: no podemos *quererla*; sabemos que es tan inútil *querer* no pensar en algo (no tener conciencia de...) como *querer* dormirse. Sartre señala que esta absoluta libertad de la conciencia, en tanto que inestabilidad constante, es intolerable. Así, el *yo* cumple una función

antropológica fundamental: enmascarar el carácter libre y espontáneo de la conciencia, encorsetándolo en un objeto ilusorio denominado ego. En la teoría del primer Sartre, el sujeto se aliena en una falsa representación unitaria de sí mismo, en la unidad ilusoria del ego, para escapar de su indeterminación. “Todo sucede, pues, como si la conciencia constituyera al Ego como una falsa representación de sí misma; como si la conciencia se hipnotizara con este Ego que ella ha constituido, se absorbiera en él...” (Sartre, 2003: 106).

El ego cumple entonces una función existencial fundamental, de *enmascaramiento*, ante lo que Sartre denomina el “vértigo de las posibilidades”. La conciencia, absolutamente libre, es un vacío siempre insatisfecho, una pura nada. La solución de Sartre lo aproxima nuevamente a Hume al postular la necesidad de una ficción necesaria, que conecte los actos según un sentido, que enlace sucesiones de causas y efectos. El sentimiento de *angustia* ante el vacío, entendido como la infinitud de las posibilidades siempre presentes a la conciencia, se enmascara a través de la idea de yo como unidad ilusoria, como coherencia imaginaria.

Alienación y enmascaramiento en Proust

La hipótesis de lectura que proponemos relaciona el esquema sartreano conciencia/alienación/yo con la concepción proustiana de la subjetividad, analizando fundamentalmente la función del *amor* como instancia alienante, la cual sin embargo (como se verá) otorga cierta estabilidad precaria a las identidades de los personajes, in-esenciales, de-sustantivados. Para comenzar el análisis, tomaremos como punto de partida algunos episodios del tomo II, centrados en el descubrimiento del grupo de muchachas en la playa de Balbec y el posterior enamoramiento del narrador hacia Albertina.

En primer lugar, la aparición del grupo de muchachas interrumpe la monotonía de la vida del narrador en la ciudad balnearia, monotonía quebrada fugazmente por la aparición de Saint-Loup. El personaje *se pierde* en la cotidianeidad de Balbec, en las salidas con su abuela y Mme. de Villeparisis, en las comidas en el hotel y luego afuera, con Saint-Loup. El descubrimiento de las jóvenes, por su parte, destruye la rutina y altera de manera radical la fisonomía de Balbec y del protagonista. Antes enfermizo y delicado, sujeto a cuidados especiales por parte de su abuela, a siestas diarias en el hotel, se entrega a la vida al aire libre –la vida de “deportes” de las muchachas–, al es-

pacio de juegos (igual que la aparición de Gilberte lo había impulsado, antes, a los *Champs Élysées*).

En este sentido, aparece en primer lugar una *identificación con el objeto de amor*. Ante la falta (constitutiva) de una identidad fija, de una falsa esencia que enmascare el vacío del sujeto, se busca la estabilidad en el otro. El sujeto se identifica con el objeto (estático) de deseo. El objeto de amor se presenta como el elemento estable: si el sujeto representa el constante cambio, el objeto constituye la fijeza. El yo parece constituirse, entonces, en relación con el objeto de deseo, hecho que en Proust parece asumir varias formas. La obsesión del protagonista por acceder a la casa de Gilberte en el tomo I, que se reproduce luego en el amor por Albertina, descubre un deseo por frecuentar los lugares por los cuales transita el ser amado y por pertenecer a ellos, deseo en el cual ser y pertenecer aparecen estrechamente vinculados.

A su vez, el otro deseado-proyectado actúa como un polo en torno al cual se ordenan los deseos, las expectativas, las acciones del sujeto deseante, inestable e in-esencial. En este sentido, el objeto de deseo constituye un centro de referencia (retomamos la expresión de Sartre) que indica la posición momentáneamente estable de un yo. Así, el otro deseado permite recortar una imagen más o menos fija del yo deseante. El “yo propio” adquiere cierta solidez, cierta estabilidad que le es exterior (dado que su única “esencia” es carecer de esencia). El yo, antes indefinible, puede caracterizarse momentáneamente en términos de su amor:

Muchas veces he procurado después recordar cómo había resonado para mí en la playa aquel nombre de Simonet, todavía incierto en su forma, que yo había percibido mal [...] teñido de esa vaguedad y novedad tan conmovedoras luego para nosotros cuando ese nombre, cuyas letras se graban a cada segundo más profundamente en el alma por nuestra atención incesante se convierte [...] en el primer vocablo que encontramos (ya sea al despertar o después de un desvanecimiento), incluso antes de la noción de la hora que es, del lugar en que estamos, casi antes que la palabra “yo”, como si el ser que designa fuera más nosotros que nosotros mismos... (Proust, 2002: 361).

Como afirma el héroe, el ser amado es más “nosotros” que nosotros mis-

mos; esa alienación constante en el objeto de deseo permite una huida de la nada constitutiva, una fuga desde la inestabilidad hacia una falsa permanencia que es buscada en el otro, en el amor por el otro. La fijación de la subjetividad in-esencial se presenta entonces, como decía Sartre, como intento de enmascarar la angustia que produce el vacío, la indeterminación.

Algunas consideraciones finales: *La nada detrás de la máscara. La alienación ontológica y estética*

Por otra parte, en Figuras de la nada en *La Recherche* Analía Melamed sostiene que *el horror y la fascinación ante la nada constituyen una fuerza subterránea* en la obra proustiana (2006: 163). Y más allá de una indagación teórica existe una alusión ficcional a la nada, es decir la novela está constituida por puntos de fuga, por vacíos que abren múltiples sentidos. Propone esbozar algunos de los lugares, espacios e intersticios por donde esta ficción se constituye, en el impulso que esta nada como principio estético induce en la presencia de la enfermedad y el olvido, el mundo social, y el amor. En el apartado *Mascaras y silencio en el amor y en el mundo social* sostiene que todo lo que al héroe se le presentara como deseable, el mundo de los salones, de las fiestas, de la nobleza, que se le aparece como lejano y como de un mundo extraordinario, será también en el futuro fuente de desencanto, dado a que todo esto es una consideración dada por la distancia y la perspectiva.

En relación a esto, como veníamos diciendo, los personajes asumen a su vez una de multiplicidad de yoes, en función de lo cual el héroe nunca puede establecer sobre ellos más que hipótesis e interpretaciones sin poder llegar nunca a la certeza. Y esto lo sume en una perplejidad. Por esto llama *teatralidad* a la construcción que hace Proust de los personajes con procedimientos de *equivoco, inversión, desdoblamiento, artificio puesta en escena y perspectivismo* (Melamed, 2006:165).

La búsqueda de estabilidad de estos sujetos constitutivamente inestables, condenados al vacío, va configurando una suerte de tópica de las posibilidades, donde las elecciones de los personajes –fundamentalmente las elecciones (mutables) de objetos de deseo– van posicionando a los personajes de acuerdo a esos objetos deseados. En este sentido, nos interesa señalar una *dimensión productiva* del deseo, que no enfatice el aspecto platónico del deseo (deseo como falta, carencia) sino un doble movimiento de construcción posi-

tiva: en primer lugar, construcción del objeto que se desea;³ pero esta misma construcción es la que constituye un sujeto deseante. En este sentido, hay alienación y descentramiento en la medida en que hay cosificación del objeto, pero también hay movimiento en tanto que la búsqueda de la sutura/obtención produce cambios “sustanciales” en el sujeto. Los personajes proustianos buscan constantemente pertenecer al mundo del sujeto que aman; así, existe una tensión constante entre esta búsqueda y la resolución que deviene una vez que se alcanza el deseo: una decepción o el abandono del deseo mismo. Lo que nunca ocurre es el retorno a un punto fijo, porque de antemano el punto de partida nunca lo fue. Si los personajes no tienen esencia, entonces están siempre descentrados, en movimiento dinámico.

Es en este sentido que la concepción proustiana de la subjetividad puede ser puesta en relación con el esquema sartreano. En ambos casos, se trata de yoes signados por la ficción; y es esta ficcionalidad la que enseña la inesencialidad del sujeto sartreano y de los personajes de la novela proustiana. Para los sujetos sin esencia, indeterminados, tal in-esencialidad resulta intolerable.

Esta falta de fijación ontológica que los arroja hacia una vida social inauténtica (en el caso de los personajes de Proust) o hacia una serie de alienaciones egológicas permanentes (Sartre), puede ser considerada en un plano estético como una de las *figuras de la nada*, como es tratado en el texto de Analía Melamed, en tanto que el mundo social en la novela es el espacio del simulacro, del deseo alienante y la decepción. El enmascaramiento entonces, es producido como un dispositivo que intenta de manera constante huir del horror al vacío, de la inminencia de la muerte, de la precariedad ontológica de sujetos in-esenciales.

En relación con esto, nos interesa cerrar el trabajo con una interesante afirmación que Bernard-Henri Lévy (2002) hace en su libro *El siglo de Sartre*:

También resulta extraño [...] que (Sartre) se apartara de Proust de un modo tan tajante, tan violento. Porque ¿quién ha expresado mejor que Proust la infidelidad a sí mismo, la diferencia entre el yo actual y el de

---

³ Esta primera dimensión productiva del deseo ya ha sido señalada por J. C. Moran, quien destaca el papel de la *hipótesis* en el amor y en el arte: “Pues el amor comporta una visión hipotética de la mujer amada, absolutamente construida sobre la base de múltiples impresiones y yoes imaginarios. Es, en rigor, una visión enferma...” (Moran, 2005: 21). También Analía Melamed retoma el carácter ficticio del amor, planteándolo en términos de dimensión onírica (Cfr. Melamed: 2005).

ayer o anteayer? [...] Un Sartre proustiano. Demasiado proustiano. Un Sartre que se resiste, como ante Gide, Céline o Bergson, a esa presencia, a esa influencia de Proust en él (261).

Es este “costado Proust de Sartre” el que hemos querido retomar en este trabajo. Un costado más o menos visible que puede descubrirse bajo las críticas, en las marcas textuales de una influencia resistida por Sartre, la cual que no hace más que expresar, una vez más, la infidelidad insuperable del yo a sí mismo.

Referencias bibliográficas

- Hume, D. (1984). *Tratado de la naturaleza humana*. Buenos Aires: Orbis.
- Lévy, B-H. (2002). *El siglo de Sartre*. Barcelona: Ediciones B.
- Melamed, A. (2005). “Recorridos del amor en Marcel Proust”. En J. Moran. *Proust más allá de Proust* (pp.25-28). La Plata: De la campana.
- Melamed, A. (2006). “Figuras de la nada en La Recherche”. En J. Moran *Proust ha desaparecido. Memoria de los paraísos perdidos* (pp.163-170). Buenos Aires: Prometeo.
- Moran, J. C. (2005). *Proust más allá de Proust*. La Plata: De la campana.
- Proust, M. (2002). *En busca del tiempo perdido. A la sombra de las muchachas en flor*. Buenos Aires: Losada.
- Sartre, J. P. (2003). *La trascendencia del ego*. Madrid: Síntesis.
- Sartre, J. P. (2008). *El ser y la nada. Ensayo de ontología y fenomenología*. Buenos Aires: Losada.